

☼☼☼☼☼☼ LUIS MARÍA EN
EL CARRERA☼☼ BERNARDO
DÍAZ NOSTY☼☼☼☼☼☼☼☼



☼☼☼ MÁLAGA ☼2001☼☼☼

LUIS MARÍA EN EL CARRERA

BERNARDO DÍAZ NOSTY

LUIS MARÍA EN EL CARRERA

MÁLAGA, 2001

*A Gabriel Campo, que siempre ha
entendido la inocencia de mi torpe
sentido del humor... Y a Luis Ma-
ría, con el reconocimiento habitual.*

Nadie dudaba que Luis María era algo más que un periodista, aunque muy pocos fuesen capaces de definir ese algo más. Habían pasado muchos años, pero aún se recordaban las arengas de su periódico con ocasión del golpe militar de 1973, que vistieron de armiño al nuevo caudillo chileno. Aquello había sido una recarga providencial de tinta fresca, porque ya pocos confiaban en el milagro periodístico de la inmortalidad de Franco. Una ocasión magnífica para recordar las excelencias del ricino en vena y denunciar, como Dios manda, la intolerancia de los de siempre...

Era la primera vez que me encontraba ante el palacio de la Moneda, más pequeño de lo que parecían denunciar las fotografías de la tragedia más grande, sin los tizonazos estampados en su fachada por las armas golpistas, sin la columna de humo negro tras la que se perdió la última imagen de Salvador Allende. Me empujaban hacia el Hotel Carrera, a cien metros del edificio presidencial, y fue cuando, al pasar la puerta giratoria del establecimiento, escuché un grito casi castrense de Miguel Ángel Aguilar.

– ¡El libro de honor! ¡El libro de honor...!
-reclamó a los empleados de la recepción-
¡Llega Luis María! ¡Luis María Anson!

Se formó un revuelo. Aguilar señalaba con la mano a quien le precedía, Gabriel Campo, tan sorprendido por su sobrevenida impostura como la media docena de amigos que atravesábamos el hall alfombrado del hotel. Con síntomas de nerviosismo, el jefe de la recepción se hizo acompañar de una bella empleada, que le siguió con un

voluminoso libro encuadernado en piel granate y bordes dorados. Campo no alteró el gesto, atenzado por un súbito pánico que estalló en forma de sudor en el rostro. Aguilar lo tomó del brazo y se lo llevó hasta una amplia butaca en el centro de una gran sala. Sin esperar, la joven desplegó el libro por la última página de firmas. Campo se calzó unas gafas de lectura y, desde el plano inferior en el que le situaba el asiento, miró por encima de la montura a Aguilar con una expresión mal contenida de perplejidad.

“En las vísperas de la Cumbre Iberoamericana de Valparaíso, yo, Luis María Anson, director del diario madrileño...”

Campos comenzó a descubrir una caligrafía cuidada, dejándose conducir por Aguilar, que asentía con leves inclinaciones de cabeza y aplaudió a su víctima con un “¡eso es, muy bien!” al advertir que no ponía acento en el apellido ilustre.

Cuando concluyó la escritura, el jefe de recepción pasó un rodillo secante sobre la

página, al tiempo que Aguilar miró a su alrededor y gritó de nuevo:

– ¡Es Luis María! ¡Es Luis María Anson!
¡Abc, Madrid! ¡Abc, España!

Y salimos a la carrera del hotel. Frente a La Moneda, un vendedor de periódicos se acercó a ofrecernos *La Tercera*. “Pinochet abandona Santiago ante arribo de Fidel”.

– ¡Qué ocasión hemos perdido, mi querido Luis María, de saludar al general...! -afirmó grave Aguilar y palmeó en la espalda a Campos.

